Año 1953 62
4 Junio
Informaciones

(51)

Ensayo general

PUESTO que todos los que participan en el ceremonial de la Coronación han ensayado —las tropas, los dignatarios, los prelados, los príncipes y hasta la propia Reina, de la que en un principio se dijo que «improvisaría», ha sido sujeta a esa inevitable servidumbre— no me he sorprendido ayer cuando he visto, aposentados en sus tribunas correspondientes, a algunos que se ensayaban como espectadores. También el ser espectador tiene sus quiebras, y esos avisados caballeros tomaban sus precauciones para evitarse tardíamente molestias o sorpresas. No hay papeles cómodos en el reparto de esta inmensa y complicada representación que es la Coronación —y sin duda el de la Reina, su protagonista, es el más fatigoso—, pero hasta el más pequeño personaje de ella lleva estudiado, «mimado» y hecho el suyo las veces necesarias para soslayar mañana cualquier tropiezo o error por minúsculo que sea. El cine parece asentar su derecho al registro de tan gigantesca ceremonia en la sutilísima razón de que todos, pese a su excepcional jerarquía, son actores, en cierto modo, de un espectáculo que sólo rara vez se representa. Andará, pues, la máquina tomavistas en el mismo lugar que antaño tuvieran los pintores de cámara, y, bien mirado, no hay porqué arrugar el ceño considerando al fotógrafo como un intruso, cuando no es sino un sucesor, aunque adulterado y en serie, de aquellos singulares fedatarios de otrora. A cambio de esa concesión el cine multiplicará, de una manera fabulosa, los asistentes a la Abadía y, lo que es más importante, los perpetuará. Perpetuará del mismo modo un cortejo llamado a ser pronto un documento de la época. Porque la carroza y el caballo, dos elementos muy caracterizados en la brillantez del desfile, están heridos de muerte y llamados, por tanto, a desaparecer. Quedan pocas carrozas, los carruajes de corte han sido en gran parte desguazados o vendidos, y algún corresponsal francés ha contado que el propio Alexander Korda —el cine otra vez—, comprador de algunos de ellos, los ha devuelto a sus primitivos dueños y ha permitido que figuren en el desfile del día 2. Ved así qué curioso proceso de ósmosis y endósmosis entre la realidad y la ficción es el que se opera a través de esas permutas. Y obsérvese igualmente cómo es sólo el cine el que puede permitirse el lujo de tener carruajes de corte cuando ya no puede la propia corte.

Semejante es la historia de los caballos. Las cuadras reales están incapacitadas para el mantenimiento de los muchos caballos de tiro que han de engancharse mañana, y en este país en el que la tracción de sangre apenas si existe, no ha sido fácil cosa reunir los troncos precisos. Tampoco el Ejército andaba sobrado de ellos y su colaboración, en consecuencia, ha sido muy parca. Algunos repartidores del comercio han debido proveer, y ciertos encopetados asistentes a la Abadía de Westminster serán llevados a sus puestos en los carruajes de un magnate del celuloide por los caballos de los comerciantes londinenses. Si esto es en 1953, cuando el apogeo del caballo dista de nosotros menos de medio siglo, ¿qué será el día, por ley natural lejano, en el que el hoy duque de Cornwal recorra el mismo trayecto para ceñir en sus sienes la corona de San Eduardo? Bien cumple su misión el cine, bien, dejando testimonio de este cortejo.

Sólo el tiempo no ha podido ser ensayado. Las mismas estaciones meteorológicas que en los años de guerra advertían de las horas propicias al bombardeo, y a la navegación, y a los desembarcos, el mismo catador de la hora D, han afilado su sensibilidad para informarnos de si lloverá mañana o si lucirá el sol. Pero nada fijo se pronostica. Hay, sí, en el ánimo de la mayoría un optimismo moderado, y si ese espectador que toma la medida a su asiento abre en este justo instante su paraguas, no es porque ya llueva, sino porque quiere saber si su paraguas abierto, caso de que sea preciso, estorbará o no a su colindante. Ensaya, pues, la contingencia de la lluvia, como se ensaya en los trasatlánticos cuando la mar es bella los simulacros de naufragio. ¡Ah!, cuanto ensaye es poco: doce horas de inmovilidad le esperan. Si es costumbre admitida la de inspeccionar la habitación del hotel de una noche, ¿por qué ha de extrañarme el minucioso reconocimiento hecho «a priori» por su usuario de la gradería en que ha de permanecer mucho más tiempo? No, no. Yo mismo le imitaré a la tarde y seguiré su ejemplo.

Todo previsto, pues, y tan cuidadosamente, no parece que al azar se le reserve papel ninguno en la solemne ceremonia. Nueve comitivas arribarán a la Abadía desde las ocho cincuenta y cinco, precedidas por la del alcalde de Londres, hasta la de la reina Isabel, que saldrá de Buckinghan algo después de las diez. La reina de Tonga, los sultanes de Zanzibar, Johore, Selangor, Kalantan, Perak, Brunei y Lajeh, formarán en otra. Y el primer ministro. Y el «speaker» de la Cámara de los Comunes. Y los príncipes y princesas de sangre real. E inmediatamente antes de la soberana, la reina madre y la princesa Margaret. La ceremonia en la Abadía durará desde las once y cuarto a la una cuarenta y cinco. De retorno, la comitiva espera llegar a Palacio a las cuatro y media.

Cada paso, cada palabra, han sido homologados, cronometrados, con una precisión absoluta. Metteur en scene: el duque de Norfolk, de una parte, y el ministry of Works, de otra. Lo que mañana verá Londres será la síntesis de muchos siglos de tradición y el resultado, también, de un año entero de preparación, de ensayos, en suma.

Cuando las puertas de Buckingham se cierren tras el último postillón, cuando ya de este gigantesco alarde de munificencia quede sólo el recuerdo grabado en las mentes de quienes le hayan presenciado y las imágenes de los documentales, Isabel II comenzará su reinado, su historia. Su historia, esto es: lo que no se ensaya.

Joaquín CALVO SOTELO